

una semana de teatro

Por JOSE MONLEON

Fotos ALFREDO

«la camisa», pocas representaciones

EN un artículo del portugués Bernardo Santareno, sobre «Teatro popular», leo: «Lo que debemos es luchar por un teatro comunicable al mayor número, en el que cada espectador aprenda a dar voz a sus sufrimientos inmerecidos, en que cada representación sea, por lo menos, un acto de justicia.» A este afán responde la pieza de Lauro Olmo, de la que se dieron más de 100 representaciones en Madrid y se ha repuesto ahora en Barcelona sin éxito alguno de público.

Se trata —al margen de los valores y defectos que tenga la pieza de Lauro Olmo— de un teatro situado en los antipodas del que, por ejemplo, estrena, en estas mismas fechas, en Barcelona, Lili Murati.

Yo creo que frente a piezas como «la camisa» se produce, fatalmente, un prejuicio. O está dentro del teatro que interesa o del que molesta. Y es el caso que nuestra actual estructura teatral parece haberse situado en el segundo supuesto. Sólo así se explican esa decena escasa de representaciones de «La camisa» en Barcelona, entre el entusiasmo de unos pocos y la irritación de los más... A mí me parece que la obra de Lauro Olmo, que costará unos cuantos miles de duros al empresario que la llevó a Barcelona —Justo Alonso—, cometió el error de afrontar al público de cada día, a los precios de cada día, en lugar de buscarse ese otro público para el que está escrita.

«MOLIENDO CAFE», MAL TEATRO

En el Recoletos, un penoso ejercicio de entretenimiento. El original es de M. Durán; la versión española la firman Javier Regás y Tono. De este último proceden algunos chistes fácilmente identificables a lo largo del texto representado. La pieza ha sido montada a toda marcha, para sustituir a «Las señoras primero» de Juan José Alonso Millán. Se nota con exceso, en las voces del apuntador y en muchas inseguridades de los intérpretes, amén de alguna otra friolera, como, por ejemplo, el que no figuren en el programa todos los personajes de la comedia.

A esta medida resulta todo. Es comedia de una ingenuidad, una trivialidad y una horizontalidad



«la zapatera prodigiosa»

abrumadoras. Ni siquiera existe esa pequeña picardía o habilidad que casi nunca falta en este género de teatro.

Mendy procura sincerarse entre tanto texto de cartón. Gerardo Malla se sujeta a un tipo convencional. Angela María Torres, Angéles Puchol, Eduardo Moreno, Marcelo Arroita y el «no citado» Esteban Polls —además, director— completan un reparto de actores que, evidentemente, no creen en la eficacia de sus frases y parlamentos.

Vi la obra el viernes por la noche, un par de días después del estreno. Eramos muy pocos. ¿No es posible hacer un teatro mejor? ¿No es una pena que Angela María Torres esté haciendo en el Recoletos un esfuerzo tan inútil?

UN LOPE «DESESPECTA- CULARIZADO»

Desde hace más de un año, varios títulos de Lope de Vega han

sido representados en Madrid. La versión que han dado los uruguayos de «Porfiar hasta morir» ha venido a evidenciar algo que todos intuimos: que el Lope, a gran espectáculo, que hemos visto una y otra vez, responde a una convención discutible.

No lo digo por tal o cual representación de Lope en concreto. Pues, evidentemente, cabe abordar a nuestros clásicos con ese criterio de puesta en escena. Y, en esa vertiente, hemos visto algunos montajes decididamente defendibles.

Lo que ya no resulta plausible es el hecho de que nuestros montajes de las obras de Lope se hayan amparado siempre en la espectacularidad, como si temiesen comparecer sin ella ante el público. Se ha olvidado a menudo la línea dramática para acudir a la invención del espectáculo. Se ha buscado en el verso el pretexto para introducir tal o cual adorno. Y se ha recurrido a la refundición simplificadora para liberar al es-

pectador de todo verso de difícil comprensión.

Vuelvo a decir que no lo digo por tal o cual espectáculo lopesco, sino porque dicha norma se ha seguido como una ley por diversos directores.

Es probable que esto haya tenido que ser así por «razones comerciales». Y que en el triunfo de algunos títulos de Lope, largo tiempo en cartel (y me refiero ahora a los montajes de José Luis Alonso en el María Guerrero), haya influido grandemente la presencia de estos elementos complementarios y al alcance de todo el mundo.

No es eso lo que aquí discuto. Lo que sí me parece importante es señalar que la otra noche, sobre el escenario del Español, vimos el primer Lope desprovisto de cuanto no fuese un riguroso servicio al verso y a la estructura dramática. Frente a unos decorados de colores neutros, con

SIGUE

trajes que soslayaban cualquier amago de vistosidad, Antonio Larreta dirigió y protagonizó una inteligente versión de «Porfiar hasta morir». Vimos, además, un Lope desusado, a caballo entre Shakespeare y el romanticismo, extraño a ese Lope divertido y ríjoso que asomó a la mayor parte de las piezas resucitadas este centenario.

Acaso pueda decirse que Larreta fue un Macías un tanto monótono. Que la estilización romántica impuesta a todos los actores y aceptada por él les hizo incurrir en algún exceso declamatorio. Es cierto. Con todo, entiendo que toda esta estilización venía determinada por un deliberado criterio armonizador que quiso significar, de principio a fin, el carácter apasionado del drama.

Fue, en definitiva, un espectáculo bien ensayado e inteligente.

GARCÍA LORCA

Los uruguayos se despidieron con unas certeras palabras de Antonio Larreta, director del teatro de la ciudad de Montevideo. Antes habían representado la pieza de Lope y «La zapatera prodigiosa», de García Lorca.

Lo más admirable —después de ver sus cinco representaciones: dos de Florencio Sánchez, una de Molnar, Lope y García Lorca— del grupo, resulta un espíritu de equipo y un vigor vocacional que se advierten en todos los elementos. Cada representación tuvo su frescura, sin caerse jamás en la monotonía de la mecanización. Los protagonistas no siempre fueron los mismos, aunque la compañía descansa en Concepción Zorrilla, Enrique Guarnero y Antonio Larreta. Les vimos en empeños muy diversos. Empezaron por el naturalismo de Florencio Sánchez para acabar con el populatismo estético de «La zapatera prodigiosa».

Probablemente su mejor representación, la más sincera, fue la de «En familias», de Florencio Sánchez. Concepción Zorrilla, que, en lo cómico, orienta su labor hacia lo farsesco, estuvo genial en «Una farsa en el castillo», resultándonos un tanto falsa en «Mano de santo» y «La zapatera».

No es cosa de revisar ahora las cinco representaciones. Sólo importa señalar que, gracias al Teatro de las Naciones —una vez en París el viaje a Madrid es obligado— pudimos conocer el año pasado a una excelente compañía chilena y este año a otra uruguaya, en la que lo que más echamos de menos fue la presencia de algún autor nacional contemporáneo.

Antonio Larreta hablaba, después de representar a Lope y a García Lorca, de la unidad de la cultura hispánica. Yo pienso que él mismo y su compañía acaban de aportar un meritorio esfuerzo, siquiera para que cuantos les hemos visto pensemos de nuevo en la necesidad de que esa unidad sea alcanzada alguna vez.



TROTA CONVENTOS VOL REPRESENTACIONES DE TEATRO MEDIEVAL EN LA

HITA era una ciudad muy importante. Su término municipal era cuatro veces mayor.

—De eso hará ya mucho tiempo...

—Cuando la perdieron los moros.

Los viejos habitantes de Hita contemplan los años de un modo muy distinto al nuestro.

—La ciudad ha sido destruida en cuatro ocasiones. La última, durante la guerra civil. Aquí había una comandancia militar y nos bombardeaban todos los días. Vivíamos en las bodegas subterráneas. Son largos pasadizos construidos por los moros...

—Sabe usted, las guerras de los moros han sido varias. La última fue en Marruecos y no aquí...

—Y del Arcipreste. ¿Hay alguna tradición popular?

—El convento de Santa María estaba en lo alto del pueblo, antes de llegar al castillo. Lo destruyeron hace tiempo. No fue en la última guerra, sino en otra anterior.

Sobre el pretil que da a la gran plaza —plaza del Arcipreste de Hita— se asoman casi todos los vecinos de la ciudad. A la plaza se entra por la puerta entre murallas, vieja, con el arco destruido —antes había ahí un pasillo con cosas para sacudir a los que quisieran entrar sin permiso—, me explicaba alguien—, y dos lápidas laterales y blancas. Ya se sabe: versos del Arcipreste y una inscripción: «A la memoria de Juan Ruiz».

Delante de esta puerta, en la explanada, hacen su agosto los vendedores de vino y de cordero. Una ración, 25 pesetas. Como compensación, regalan el vaso de barro. Tantas personas, tantas monedas de cinco duros y tantos vasos.

Hay tres botargas campanudas que ballan al son de la dulzaina. Ballan horas y horas, mendigando a escondidas alguna moneda. Van incansables de un lado a otro, con sus trajes de colores y sus grotescas mascarillas.

—En estas fiestas los únicos que sacan algo en Hita son los tenderos.

—¿Cuántos hay?

—Dos. El pueblo se ha quedado muy pequeño. Después de la última guerra, casi todo el mundo se fue a la capital: a Guadalajara.

—Los que venden más cordero no son del pueblo... Es gente que viene de fuera para estos días de teatro.

—¿A ustedes les gusta la obra?

—Ya la hicieron el año pasado. Dicen que es de mucho mérito y que la escribió uno que era de aquí...

La función empieza con dos horas de retraso. El ingeniero de sonido ha sufrido un accidente de coche y tienen que llamar a Madrid para que venga otro a sustituirle.

La primera parte es la «Danza de don Carnal, el Caballero y la Muerte». Es un texto de Criado del Val, acopiando conocidos versos de varios autos sacramentales, con música de Cristóbal Halffter. La verdad es que la cinta magnetofónica resulta una buena ilustra-



**CRISTÓBAL HALFFTER
ESTRENA MÚSICA**